

LA LITERATURA

EN

1881,

POR

ARMANDO PALACIO VALDÉS

Y

LEOPOLDO ALAS (CLARIN).



MADRID

ALFREDO DE CÁRLOS HIERRO, EDITOR,

3, PLAZA DE COLON, 3,

entresuelo derecha.

1882.

EL GÉNERO FLAMENCO.

La literatura, lo mismo que la ciencia, la filosofía y todas las demas manifestaciones del espíritu humano, experimenta una trasformacion incesante al traves de los tiempos y los países que va sacando á luz, de un modo lento y sucesivo, el fondo infinito de su esencia. Las diferencias literarias obsérvanse en la antigüedad al pasar de un país á otro, y son tan visibles y determinadas, que es más difícil hallar sus puntos de contacto que los de separacion. Entre la literatura de la India, la griega, la arábiga y la germánica, las analogías son escasas y grande la distancia que las separa. Mas los diversos matices que en la literatura de cada pueblo va imprimiendo el tiempo, son para nosotros más vagos ó se encuentran mucho más borrosos. Por el contrario, en la época actual la geografía no introduce tan claras desemejanzas; hay una tendencia bien determinada hácia la uniformidad, gracias á la facilidad increible que hoy encuentra el comercio humano hasta en los países más lejanos, en cuyo comercio el cambio de las ideas es más importante que el de los productos. La influencia recíproca es tan señalada, que es necesario trasportarse á algunas comarcas apartadas, muy raras por supuesto, para no ver jugando nuestras mismas ideas y sentimientos. Pero no acaece otro tanto con el tiempo. El tiempo es ahora el gran trasformador de las ideas, y por consecuencia, de las manifestaciones literarias. Entre la literatura de una épo-

ca y la de otra, dentro de un mismo pueblo, aunque unidas por el hilo de la tradicion, se observa una gran disparidad. ¿Qué desemejanza tan notable no hay entre la literatura francesa del siglo XVII y la que ha surgido en el primer tercio del presente? ¿O entre la nuestra del mismo siglo XVII y la de los últimos tiempos del XVIII? Pues bien, de estas trasformaciones se origina el carácter literario predominante en cada período histórico. De uno de estos caractéres ó estados, del que en la actualidad impera en nuestra patria, es de lo que voy á hablar breves instantes.

Cuando los franceses se hallaban embebidos en la imitacion fria y afectada de la literatura clásica (imitacion que no ha dejado de producir, sin embargo, algunos poetas inmortales), se efectuaba en nuestra patria el consorcio dichoso de la poesía erudita y la popular, que levantó la literatura española por encima de todas las demas. Entónces fuimos originales, exuberantes y grandes. Desde entónces acá muy rara vez lo hemos sido, no haciendo apénas más que recibir los impulsos de fuera, que unas veces nos han llevado por caminos limpios y seguros, y otras por sendas extraviadas. Al compas de lo que allende sucedia, fuimos á últimos del siglo pasado y comienzos del presente clásicos, y un poco más tarde sentimos el sacudimiento que imprimió á la Francia la escuela romántica, y fuimos románticos. Mas desaparecieron ya de la tierra la pléyade de insignes poetas (exceptuando á su jefe Víctor Hugo), pintores y músicos que inmortalizaron esta hermosa fase de la literatura, y vinieron á ser sustituidos por otros cuya direccion no es la misma, ni mucho ménos. En las literaturas extranjeras, principalmente en la francesa, que es á la postre la que más influye en la nuestra, domina hoy una tendencia realista ó naturalista, que está prestando asunto á las discusiones de la crítica y que amenaza remover por entero, si es que no ha removido ya, los fundamentos del arte. No es ésta ocasion de entrar á discutir si la nueva senda por donde caminamos ofrece seguridades ó peligros, aunque no puedo ménos de apuntar que no hay camino peligroso cuando conduce á la verdad; lo que hago constar, sin temor á con-

tradiccion, es que existe la misma tendencia en todos los pueblos. La forma en que esta nueva tendencia se va introduciendo en el nuestro es por demas curiosa y merece que la dediquemos algunas palabras.

Dejando á un lado la obra muy apreciable de algunos novelistas y poetas dramáticos que trabajan por enderezar nuestra literatura por los caminos de la realidad, y refiriéndome únicamente á las manifestaciones de la fuerza íntima que agita á las muchedumbres en determinado sentido y fija su gusto, es preciso declarar que existe un fenómeno actualmente en nuestro país, que, si á primera vista parece insignificante y despreciable, no deja de tener, bien considerado, mucho interes para el estudio de la historia del arte. Este fenómeno es el gusto y particular predileccion que el público tiene ahora por el llamado (no sé por qué) género *flamenco*; esto es, por la pintura de las costumbres de los chulos y manolas, ó sea del genuino populacho español. Obsérvense con atencion las diversas manifestaciones que ofrece el arte español en el dia, y se verá hasta qué punto se encuentran impregnadas casi todas ellas del mismo color. Veamos, por ejemplo, la pintura. Ya sabe todo el mundo, y los pintores mejor que nadie, que los cuadros que hoy privan y se venden son los llamados *de género*, y entre ellos los que tienen más aceptacion los que representan majos y majas y escenas de la vida popular andaluza. Las clases opulentas pagan sumas cuantiosas por obtener tales cuadros y colocarlos como precioso ornamento en las habitaciones más suntuosas de sus palacios. Pues al mismo tenor, en la música, el género que hoy excita el entusiasmo del público es el llamado *nacional*, que mejor se denominaria popular, pues que se cifra en combinar unas veces y en imitar otras los aires y los cantos que corren por el pueblo. No hay más que asistir unas cuantas veces á los teatros de zarzuela para convencerse de ello. Y no quiero decir nada de la literatura, porque ya en un artículo anterior lo he manifestado: lo que hoy prevalece en la literatura dramática, que por hallarse en contacto más inmediato con el público se somete primero á sus gustos, es lo *flamenco*.

¿Qué es esto pues? ¿Qué causas determinan la inclinacion del público en el sentido que acabo de indicar? ¿Qué consecuencias tendrá para el arte, qué nuevo elemento aportará para su progreso, ó qué maleficio nuevo para su corrupcion?

Para mí esto no significa más que una cosa. Es el rumor de la corriente realista que, àl contrario de lo que ha sucedido hasta ahora en las demas evoluciones, principia por arrastrar al vulgo ántes que á los literatos. El público gusta ya de ver la realidad en todas las manifestaciones del arte, y solicita con sus aplausos y su dinero á los artistas para que le sirvan los géneros á la moda. Los pintores obedecen, y nacen muchedumbre de creaciones más ó ménos estimables, que en algunas ocasiones, por ejemplo, en la *Vicaría* de Fortuny, se elevan á la categoría de obras maestras. El cuadro histórico queda eclipsado por el cuadro de *género*, las telas que representan majos y majas se venden inmediatamente; en cambio, *La muerte de Lucrecia,* de Rosales, anda rodando por el mundo, sin hallar galería que le dé albergue. Los músicos tambien acuden (si es que hay músicos en España, que no lo sé á punto fijo), y se funda la música nacional con acompañamiento de castañuelas, y no hay zarzuela mediana donde no se cante *flamenco.*

Los que andan más reacios son los literatos, aunque no deja de haber muchos poetas y novelistas como Vega, Flores García, San Martin y los acomodadores del teatro Lara, que no han vacilado en poner su inspiracion al servicio de la idea realista. Pero no es posible negar que al lado de éstos hay otros que no quieren encauzar la suya por la misma corriente, y tienen aún los ojos puestos, bien en la era clásica ó bien en la romántica; lo cual, á mi juicio, tiene una explicacion sencilla, aunque no muy favorable para ellos. Consideran que la pintura de las clases populares, por lo característico y genial de sus costumbres, y por el vivo color que las tiñe, es fácil, y tienen razon. O bien entienden que su preclaro ingenio no debe descender á las moradas de los pobres, que ordinariamente están sucias, para que no se corrompa y se manche, y ya no tienen razon. Hace algun tiempo leia yo

en la *Ilustracion Española y Americana* una novela debida á la pluma de un insigne revistero de salones: el Sr. Navarrete. Habia en esta novela un cochero, cuyo lenguaje distinguido y espiritual hacía suponer en él un conde ó marqués cansado de pisar salones más que un hombre de condicion humilde. Todos los lectores andábamos bastante sorprendidos de este desacuerdo entre la posicion y el lenguaje, hasta que una nota puesta por el autor en uno de los números del periódico vino á ilustrarnos sobre el particular. El Sr. Navarrete declaraba paladinamente que él no pertenecia á la escuela realista, y que, por lo tanto, si el cochero no hablaba como un cochero, debia atribuirse, no á falta de conocimiento del lenguaje de los cocheros, sino á los principios generales de la escuela en que se hallaba afiliado. No dejó de hacerme mella semejante confesion por parte de un hombre tan bien relacionado como el Sr. Navarrete, y hube de sentir que condenase tan explícitamente la tendencia realista. Mas al concluir la lectura de la novela, me hice cargo de que el realismo se impone hasta á sus mismos adversarios, sin que lo echen de ver; porque si es verdad que en la obra los cocheros hablaban como los condes, en cambio los condes hablaban como cocheros, y todo se compensaba.

El realismo, pues, gana terreno en nuestro pueblo y acude al género *flamenco* para introducirse. Los literatos más egregios, incluso el Sr. Navarrete, se han de convencer á la postre de que no es posible luchar contra la corriente, y concluirán por secundar el movimiento literario de los actuales tiempos. Tienen una tarea que cumplir; la de sacar el realismo de las buhardillas y trasportarlo á las salas y á los salones. Porque el realismo no se reduce á la pintura de los lugares hediondos y de las escenas repugnantes, ni mucho ménos á la descripcion descarnada y cruda de los vicios y las infamias sociales. Es necesario desterrar esta creencia, á la cual ha dado pábulo la exageracion desenfrenada de algunos novelistas. El realismo consiste en pintar bellamente la verdad de las cosas que merezcan ser pintadas. ¿Y quién puede dudar que el hombre de la clase media es un tema para el

arte de capital importancia? Ya sabemos que el pintarlo con realidad ofrece mayores dificultades que la pintura de las clases populares, por lo mismo que en el primero se pinta únicamente el sér moral, y en las segundas se atiende principalmente á sus costumbres externas; pero yo sé que los literatos en quienes estoy pensando al escribir estas líneas tienen fuerzas para llevar la obra á feliz término.
